

De madres y otros mitos

María Teresa Mézquita Méndez

Harta como estoy desde mi nacimiento, de los cantos plañideros en honor de las "cabecitas blancas" cuya dueña en algún momento nos dió la vida o bien en su defecto, nos cuidó y creció como si tal, pregunté y busqué sin descanso -o con muy poco-, alguna solución para este problema al que bauticé de "ontológico maternal", es decir, del SER de la madre, e intenté hacer un escrito que al mismo tiempo continúe con la tradición de alabar en su mes a las progenitoras del mundo.

Claro está entonces que de ninguna manera pretendo restar brillo al 10 de mayo... Ojalá los "10 de mayo" fueran cinco, o diez o mejor 365 en el año: las madres lo merecen porque son muy importantes. Y no precisamente por "cargar en el vientre el dolor de nueve meses" sino por la tremenda carga de responsabilidad que se echaron encima al tener un hijo y crecerlo: si se limitaron a fabricarlo alegremente y a pujar para expulsarlo a la contaminada superficie del planeta, no son realmente madres.

Ser madre implica ser maestra 24 horas al día, ser educadora, guía y consuelo, amiga y a veces capitán de ejércitos, todo a la vez. Los hijos varones ven en la madre una analogía del hogar, donde las enfermedades se sufren con mayor paciencia, los problemas se solucionan y el mundo se olvida. Las hijas, mejor aún, ven en su progenitora la analogía de ellas mismas. Pero dejemos las descripciones con pretensiones psicológicas...

De vuelta al principio de lo que hoy escribo y a la "ontología" que me preocupa, pensé que gracias a Dios aún tengo madre, por lo que acudí a ella para preguntarle si de verdad las madres del mundo merecen esa serie de homenajes con poesías lacrimógenas: "mater admirabilis", cantos poéticos: "... a ti que cargaste en tu vientre dolor y cansancio" y otras lindezas semejantes.

La respuesta de "... aquella que me dió el ser" -para seguir en el estilo-, fue sencillamente que no, que en su caso no le resulta nada agradable escuchar que "las mamás de cabecita blanca", que "el remanso de mi casa", que "el cojín de mis llantos", que "la sacrificada mujer", que "las manos protectoras" y que el rostro beatísimo, bellísimo y otros ísimos. "Suena forzado, falso y anticuado" pensamos mi madre y yo.

Y concluimos que el mejor homenaje que un hijo puede hacer a su progenitora no es cantarle poemas tristes, ni llorarle de agradecimiento y emoción, ni mucho menos gastar en ella el ahorro ni el aguinaldo devaluado del diciembre que pasó -mucho menos si el "regalito" consiste en instrumentos de cocina o cualquier otro que le de más trabajo-.

El mejor acierto es pregonar con nuestros actos la formación que recibimos de ella: al ir por la calle, al desenvolvernos en el trabajo, al hablar, al escribir y al vivir, demostramos al mundo lo que de niños aprendimos de nuestra madre, y viva o muerta, nuestro mejor regalo para ella



es llevar en el rostro el mensaje "soy así porque tuve una madre quien así me cimentó en el mundo". Para ellas no hay mayor satisfacción.

Pensemos algo más antes de finalizar: si la cosa anda bien con nuestro comportamiento "público" por llamarlo de algún modo, es gracias a ella que nos dió buenas raíces. Si está mal el cimiento, es que no fue la mejor de las artesanas, pero de todas maneras es un ser humano lleno de virtudes y defectos que salió adelante de alguna manera. Si no la hubo, alguien la suplió. Si nadie lo hizo... por algo dicen que "no tiene madre" cuando el tipo carece de vergüenza y otras cosas y por eso mismo son para ella las mentadas cuando nos quieren insultar: del progenitor dicen "¡qué padre!" ¿no?

Lo único que no discuto a tantos cantos trillados es una sola frase: madre solo hay una. Y es muy cierto. Felicidades en su día a todas las lectoras de *fem* que ejercen la maternidad, que sean felices siempre. 